

bernantes, de los gobernados y de los observadores exteriores. Y, en este sentido, los desajustes o los alejamientos que Cañizares se permite respecto del relato mitológico en la obra sobre Alcides, tienen su significación y motivo, lo mismo que, en *Las Amazonas de España*, el recurso a la interceptación de una carta, técnica habitual que, en una obra que celebraba la paz entre Francia y España, tuvo que cobrar un relieve especial al recordar el robo que se hizo de las cartas del embajador Cellamare, como señala el editor, Ignacio López Alemany.

De igual modo, la elección de *Las Amazonas de España*, escogida seguramente por la reina Isabel de Farnesio, correspondía al deseo de mostrar un modelo de soberana inteligente y valiente, tras haber desempeñado las labores de comandante en jefe del ejército, por enfermedad de Felipe V. Su representación ante los embajadores extranjeros dignificaba a la Corona, objetivo que se destacaba en la loa. La importancia de la reina quedaba acentuada en la obra, explicitada por versos como los que declamaba “España” a las “diversas naciones”. El personaje nación reflexionaba y mostraba a los privilegiados espectadores el mensaje político lanzado por la Corona. “Se visualizaban sobre el escenario los deseos de la corte que auspiciaba la representación para sus relaciones internacionales en una suerte de diplomacia alegórica”, con el objetivo de proyectar “una sensación de armonía entre las naciones y el cosmos” (p. 62).

Los textos han sido pulcramente editados y anotados y forman parte de lo que parece un movimiento de revisión de la figura de José de Cañizares (gracias

también a los trabajos de M<sup>a</sup> del Rosario Leal Bonmatí) y de este teatro cortesano. Hacerlo como se ha hecho en este libro es una de las mejores formas de interpretar una expresión artística que va más allá del mero entretenimiento. Los autores tienen sus gustos y preferencias, pero no pueden escapar a la dimensión política ni al entorno en que alumbran sus obras, y menos cuando se trata de obras que se encargan para conmemorar o celebrar paces, matrimonios, acuerdos políticos, es decir, de composiciones cuyo sentido va más allá de lo solo estético. Que en esta reseña se haya hecho énfasis en el acercamiento político que se presenta en la edición no quiere decir que se olviden los aspectos escenográficos, técnicos ni otros más estrictamente teatrales. Estos también encuentran su espacio en el estudio preliminar, así como en la anotación.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS  
(CSIC, MADRID)

**Mario Martín Gijón: *Un segundo destierro. La sombra de Unamuno en el exilio español*. Madrid/Frankfurt a.M.: Iberoamericana/Vervuert 2018 (La Casa de la Riqueza, 46). 354 páginas.**

El interés por la presencia y la recepción de la obra de Miguel de Unamuno en la literatura española (especialmente en la del exilio, aunque no solo) ha sido alto y continuado desde la muerte del escritor. El innovador y original estudio de Martín Gijón –por el que ha sido galardonado con el prestigioso Premio de Ensayo Miguel de Unamuno 2017 del Ayuntamiento de Bilbao– versa sobre la aceptación y

el influjo ascendiente del escritor bilbaíno en el exilio republicano. Un premio concedido a un trabajo extraordinario en el mismo año en que apareció –asimismo en una edición extraordinaria– el primer libro escrito por el autor de *San Manuel Bueno, mártir*, inédito hasta entonces. Se trataba del diario<sup>1</sup> del viaje de casi cincuenta días que Unamuno hizo con su tío Claudio en 1889 por tres países europeos, cuya edición debemos al filólogo Pollux Hernández y a los buenos oficios del veterano editor Emilio Pascual, ahora en Oportet Editores, con reproducciones facsímiles de una veintena de páginas del manuscrito, un minucioso índice onomástico y un mapa con indicación del itinerario. En fin, una preciosa edición compuesta –a modo de homenaje– en la bella tipografía concebida por Ibarra para la edición del *Quijote* que había encargado la Real Academia en 1780.

En el informe del jurado se valoraba muy especialmente la excelencia y relevancia del escrito para el recto conocimiento de la alta presencia que tuvo la controvertida figura y la obra de Unamuno en el –disperso y dilatado en el tiempo– exilio republicano. El jurado subrayaba asimismo los profundos conocimientos del autor y sus aciertos en las interpretaciones en cuanto a la acogida de la obra unamuniana en los escritores españoles más destacados del exilio republicano, entre los que figuran José Bergamín, María Zambrano, Max Aub, Jacinto Grau, José María Quiroga Plá, Carlos Blanco Aguinaga, José Ferrater Mora, Eu-

genio Ímaz y algunos más. A los estudios en sustancia monográficos dedicados por el estudioso a los escritores señalados se suman varios capítulos que versan, respectivamente, sobre aspectos específicos, entre los que destacan los siguientes: la teoría poética bloomiana de la “ansiedad de la influencia”, el Unamuno poeta, el Unamuno filósofo, un Unamuno para ingleses, franceses y cubanos y otros tantos para el exilio liberal (con una coda republicana), para el exilio comunista (con una coda libertaria) y para el nacionalismo vasco; y uno más sobre el disidente Ramón J. Sender. Entre los capítulos más valiosos e innovadores cabe señalar las aportaciones de Blanco Aguinaga sobre los “dos Unamunos” y las varias referencias del autor del ensayo que valoramos a este crítico y escritor en momentos precisos, así como un capítulo sobre el “último Unamuno”. Acierta el jurado del Premio cuando subraya que el planteamiento teórico es muy acertado y original, que además se ciñe y ajusta a cada caso de forma global y orgánica, precisando además que, aunque se haya estudiado a fondo la presencia unamuniana en las obras respectivas de los autores concretos y los asuntos y temas señalados, faltaba aún un ensayo que estudiara la presencia unamuniana y la recepción de su obra en un “elenco tan amplio de intelectuales y creadores”.

A lo anotado se suma otro aspecto inédito: Martín Gijón tiene muy en cuenta la necesidad de distinguir con nitidez lo que los exiliados puedan decir de Unamuno de lo que el autor de *Niebla* les ha llevado a decir a los ensayistas y escritores exiliados. Además, deberemos tener en cuenta que el confinamiento, el autoexilio y el destierro del autor de *Cómo se hace*

<sup>1</sup> Miguel de Unamuno (2017): *Apuntes de un viaje por Francia, Italia y Suiza*. Madrid: Oportet.

una novela prefiguraba y anticipaba en no pocos aspectos sus vivencias, sus apreciaciones y sus críticas, y que el referente o mentor de antaño proyectaba su sombra alargada sobre los escritores republicanos exiliados. No en vano había marcado don Miguel a fuego las muescas de sus experiencias y había reflejado el conocimiento de las carencias del exilio en varias de sus obras (*De Fuerteventura a París, Cancionero, San Manuel Bueno, mártir*) y otros textos escritos en París, Hendaya y después de su regreso a España a comienzos de 1930.

De más está recordar que, tras el incidente del 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, la obra de Unamuno fue silenciada en la España “nacional” a instancias de los cruzados; o que con la publicación de *La generación del noventa y ocho* (1947) —el “canónico” ensayo de Laín Entralgo— la obra del escritor bilbaíno quedaba “suavizada” (y en buena medida “neutralizada”) en el estrecho marco de la etiqueta generacional del 98. Por el contrario, la recepción de su obra entre los escritores exiliados españoles fue muy otra, pues veían en ella, desde el comienzo mismo, un lugar capital e intransferible, debido precisamente, dicho sea en términos de María Zambrano, a sus “íntimas discordias”, al hecho de que nunca había pretendido dar “una imagen exacta de las cosas” (p. 21); y que iba el creador de continuo acompañado del “otro”, el “enemigo fraternal que lo acompañaba siempre” (p. 23).

Mas no todo fueron venias y asentimientos. También hubo algunos pocos desavenidos e inconciliables, entre los que prepondera Sender, quien consideraba que Unamuno formulaba en sus ensayos

preguntas que no contestaba, que ofrecía cosas que no solía dar (p. 278), que su poesía, tan valorada por muchos exiliados, no era ni moderna ni antigua, que procedía antes aclarar si en verdad era poesía, y que a su juicio le parecía “más interesante su persona que su obra” (p. 278); “se acercaba al lenguaje —aseguraba el autor de *La tesis de Nancy*— con una rigidez de verdadero dómine Cabra” (p. 279). En opinión de Blanco Aguinaga —también él, como Sender, catedrático, novelista y crítico literario—, el autor de *Imán* respiraba por la herida, pues era muy consciente de que su celebrado relato “Mosén Millán” (luego ampliado en *Réquiem por un campesino español*) sería difícilmente comprensible sin el conocimiento del hipotexto y del personaje de San Manuel Bueno, protagonista de la homónima novela corta de Unamuno (p. 281).

En el capítulo XVI (“El último unamuniano”, dedicado a Bergamín), Martín Gijón ilustra con ejemplos y argumentos convincentes las causas que le llevan a ver en Bergamín el discípulo más aplicado y el acólito más fiel de Unamuno, en quien también convivieron —como en su maestro— la crecida actividad política provocadora y la angustia religiosa frente a la muerte. Y hace bien en señalar que Unamuno, que “al contrario que Ortega no formó discípulos ni escuela”, en Bergamín halla un alumno “que vale por toda una corriente” (p. 308). En este brillante capítulo muestra el estudioso el devenir del escritor madrileño, la labor editorial y cultural que desarrolló en las varias estaciones durante los años de su exilio y tras su regreso a España.

Martín Gijón hace un repaso detallado de los congresos celebrados y las pu-

blicaciones relativas a los fastos del centenario unamuniano, tanto en América *in toto* como en España y en algunas universidades y revistas europeas. El régimen franquista tuvo a bien “amparar” formalmente los actos y las crónicas relativas a la conmemoración del centenario mediante un decreto del Ministerio de Educación Nacional, con el que se creaba una “Junta Nacional” en la que los representantes de las corrientes más integristas del clero pudieron explayarse a gusto, con múltiples publicaciones en los diarios más “representativos” del país. Pero hubo también excelentes aportaciones en las revistas madrileñas liberales *Ínsula* y *Revista de Occidente*, amén de un “desagravio a don Miguel” por los insultos y los rayos desatados por el obispo vasco Pablo Gúrpide Beope, con artículos de Ricardo Gullón, Antonio Ferres y José-Miguel Ullán en *Sarriko*, la modesta publicación animada por los estudiantes bilbaínos.

Muy distintos fueron los fastos debidos a iniciativas de los exiliados españoles y de las universidades latinoamericanas y estadounidenses (y en parte también algunas europeas), sobre los que Martín Gijón informa con soberanía, rigor, profusión y en su mejor estilo de poeta y narrador. En el capítulo titulado “Max Aub y el centenario de Unamuno en el exilio” (pp. 283-306), el ensayista informa en ceñida hermenéutica sobre el sentido y bello homenaje de Max Aub (autor valenciano por elección, nacido en París de progenitores judíos centroeuropeos), tras reproducir a modo de epígrafe el pasaje siguiente referido a don Miguel: “Amó a España tanto como a la poesía, las confundió. Fue posiblemente el escritor español más importante de su tiempo, y

el más fecundo cuando tantos hubo que tanto escribieron. Abarcó más que nadie siendo el más personal” (p. 283).

Entre las concomitancias y afinidades de ambos creadores (el vasco y el valenciano), Martín Gijón señala en primer lugar que los dos eran “intelectuales globales”, dado que sus obras abarcaban todos los géneros literarios (sabemos, sin embargo, y el estudioso lo recuerda, que Aub no logró afirmarse en la concepción de un sistema filosófico propio y que en alguna de sus primeras novelas la influencia unamuniana era perceptible). Por lo demás, tanto sus diarios publicados tras su muerte como la escasa lista de libros que Aub pudo llevarse al campo de concentración de Djelfa tras haber sido denunciado en 1941 por judío y comunista<sup>2</sup> dan fe de la presencia de Unamuno.

De las hermosas páginas que dedica Martín Gijón al dramaturgo e historiador del arte malagueño José Ramón Morales (1915-2016), promotor de una de las publicaciones universitarias sobre el centenario más significativas, entresaco un pasaje de su ensayo titulado “Don Miguel de Unamuno, persona dramática”: “[...] movido por su apetencia posesiva, se hizo cargo del peso de la vida española de su tiempo, al punto que pocos acontecimientos de aquel entonces quedaron sin su intervención” (p. 283).

En ese mismo capítulo, el autor informa sobre el encuentro en la Universidad de Tejas organizado por el profesor Ramón Martínez López (antiguo político galleguista, alumno de Américo Castro y catedrático en el Instituto Español de Lis-

<sup>2</sup> Aub fue miembro del PSOE hasta el fin de sus días.

boa<sup>3</sup> entre 1933 y 1936), en el que participaron con aportaciones innovadoras varios exiliados “unamunistas confesos”, entre los que destacan Antonio Sánchez Barbudo y Carlos Blanco Aguinaga.

Blanco Aguinaga, como queda señalado, tiene capítulo propio, al igual que Zambrano, Ferrater Mora, Jacinto Grau y esencialmente también Eugenio Ímaz y Quiroga Pla, por lo que no procede, en una reseña consagrada a un libro que estudia un “colectivo” tan numeroso, entrar en más detalles. Sí viene al caso señalar que el autor de la novela *Viajes de ida* llegó con sus padres a México en 1939, antes de cumplir 13 años, que se formó en el Instituto Luis Vives, fundado por exiliados republicanos. Su tesis doctoral, dirigida por Raimundo Lida, apareció en 1954 (*Unamuno, histórico del lenguaje*), con la que inauguró una larga dedicación a la obra del escritor bilbaíno.

El ensayo de Mario Martín Gijón es a la vez una aportación de acertada y cabal hermenéutica, de rigor filológico, muy bien estructurado y vívidamente didáctico. Digo de rigor filológico a sabiendas de que la filología *stricto sensu* ya no ocupa los espacios centrales de antaño, sin duda debido al hecho de que la crítica literaria se ha transformado en un campo en el que las numerosas alacenas, hornacinas,

aparadores y vasares virtuales pueden dar cobijo a la crítica *sensu lato*, desde las reseñas que se publican en los diarios y otros medios informativos o publicitarios a los ensayos que aparecen en las llamadas revistas indexadas, que tanto importan hoy a los jóvenes investigadores. En verdad, un estudio necesario, seminal y muy bien escrito, que responde a interrogantes y aspectos poco estudiados y en parte desatendidos por la crítica.

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA  
(UNIVERSITÄT BERN)

**Pablo Rojas: *Poetas de la nada. Huellas de dadá en España*. Sevilla: Renacimiento 2017 (Los Cuatro Vientos, 116). 416 páginas.**

Ninguna de las historias del dadaísmo publicadas en Francia, Alemania o Italia es completa. Si uno de los pilares del ideario dadá consistía en la internacionalidad, sus historiadores han pecado hasta ahora de una reprobable estrechez de miras. Desde el punto de vista de la historia literaria europea es imperdonable que no consideraran en detalle la recepción y asimilación del movimiento en España, desde Barcelona a Madrid, porque ello hubiera redituado en una mejor comprensión, tanto de lo que hace a la esencia de un movimiento literario de avanzada en sí, como en relación con su más restringido estudio dentro de un país específico. No se comprende cómo los estudiosos no advirtieron que la relación de los paladines dadaístas con autores de España o Hispanoamérica es parte esencial de la vida, la obra, el impacto y la influencia de Tristan Tzara o de Francis Picabia, por solo

<sup>3</sup> López Martínez (amigo de Unamuno y Valle-Inclán) acompañó a don Miguel durante su visita a Lisboa en 1935, en la que se negó a entrevistarse con el dictador Oliveira Salazar (sí se encontró, sin embargo, con el general Sanjurjo, “jefe moral de los sublevados”, confinado en Portugal tras su condena y expulsión del ejército por la sanjurjada e indultado en 1934 con la condición de que se exiliara en Portugal).